



EL AMOR DEL PERDÓN

Dios nos ama personalmente, porque nos ha creado y nos ha rescatado muriendo por nosotros, y ama todo lo demás por causa nuestra.

Mas hay prueba mayor que la indicada del amor de Dios por nosotros, y consiste en el poder que nos concede de conseguir que nos perdone cuando le hemos ofendido.

La bondad que en Dios excede á todas sus bondades, es la bondad que nos perdona.

¿Cuánto me ama Dios?— Tanto como os perdona, os ha perdonado y quiere perdonaros. Dios es bueno, me ama, supuesto que me perdona cuando le he ofendido, y no necesito de más prueba porque no la hay más convincente ni que tan á fondo nos persuada. En el amor que le habia perdonado bebía San Pablo su amor de Apóstol, y en la misericordia que le había remitido tantos pecados se proveyó San Agustín del amor que inflamó y pasó su corazón, cambiándolo en corazón de un serafín.

Ei amor que Dios nos tiene es más misericordioso que benévolo, porque pecadores como somos por

naturaleza, necesitamos más que nada misericordia, y por eso, con preferencia á sus demás atributos, desenvuelve en la tierra, mientras vivimos, su misericordia, porque el mundo forma el imperio de ésta y su reino está en el tiempo.

La misericordia ha salido de los cielos, ha bajado y envuelve al hombre, y le cubre; constituye su atmósfera y su medio. el aire que respira y la luz que le esclarece: vivimos en la misericordia.

La cual sustrae al pecador de la justicia que tendría que castigar cada pecado, la detiene, la retrasa hasta la muerte. sigue al hombre, le acompaña por doquiera, nunca se aparta de él, ni siquiera después de morir, porque con él va al Purgatorio, que no es sino el último esfuerzo de la misericordia divina en beneficio del pecador, por lo que sobre la puerta de aquella prisión de llamas está escrito: *¡Misericordia Dei!*

La misericordia de Dios para el hombre es infinita; así es que nunca la agotaremos, ni podremos sofocarla con nuestras ingratitudes, pues no se la cansa ni desespera, antes perdona siempre y todo, y aun cuando el crimen salta á la vista, sigue clamando: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

Si se la rechaza ó maltrata, avivase y nos persigue; persiste en vencernos: ¡Judas... amigo mío, con un beso entregas al Hijo del Hombre! Nunca serán nuestros pecados tan grandes como la misericordia de Dios; aunque, sin embargo, hay uno que ésta no puede vencer, y contra el cual es impotente, y es el orgullo en cuanto á los dones sobrenaturales que á sabiendas rechaza la bondad de Dios y se da muerte.

II. Llenas están las sagradas letras de testimonios de la misericordia divina, que Dios multiplica de

intento, porque tenemos absoluta necesidad de ellos. El pecador se desespera como por necesidad: tal es el efecto que sigue siempre al placer del pecado, aunque mucho más cierto que el primero es este segundo efecto. Adán y Eva que huyen y dudan de la misericordia, y Cain que la rechaza, gritando: «Mi pecado es demasiado grande para ser perdonado,» son los tipos del pecador después de su falta. De haber sido infiel nace la desesperación, que es la que retiene al mayor número de los pecadores que retrasan su conversión: «¡Es imposible que yo sea perdonado, he ofendido demasiado á Dios!» Estos se convertirán el día en que lloren.

Y la piedad, ¿por qué sucumbe también? Lo mismo, por desesperación; desanimase por algunas caídas; no ha conseguido su objeto, no ha resultado lo que esperaba, y en su alma lanza el demonio la desesperación, en lo cual se contiene su más interesante secreto para entrar en el alma y arruinarla. Nunca os domine ese sentimiento. ¡Cómo! ¿Dudaríais de la misericordia de Dios? No, no. Si descendéis, remontaos por la confianza humilde y el arrepentimiento. La humildad que quiere permanecer en su lodo no es sino orgullo humillado y despechado, pues la humildad vuela hacia Dios con las alas de la confianza. *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit.*

Cuanto más piadosos y virtuosos seáis, tanto más sentiréis tentaciones de desaliento. — Nunca se desapega uno de sí propio; témesese echarse en brazos de Dios; pero como á pesar de eso queréis hacer un buen acto de contrición, en vez de bajar al infierno para contemplar allí vuestro sitio, haced un acto de fe en la misericordia de Dios; cogedle por su parte flaca: su corazón y sus entrañas; ya sabéis que el

hombre á quien tocan en su lado débil dará todo su dinero y algo más.—Decid, pues, á Dios que su gloria consiste en su misericordia, y que ésta no puede aplicarse más aptamente que á vosotros, á quienes d.berá su victoria y su más insigne obra: ¡apoderaos de Dios por su corazón!

Creía yo que con acercarse cada vez más á Dios acababa un alma por dejar de sentir las tentaciones de desesperación, y que con tal proximidad fundábase para siempre en una confianza perfecta; mas San Alfonso de Ligorio dice que las tentaciones que manda Dios á los Santos son contra la fe, la confianza, la castidad y el confesor, quien para el alma representa visiblemente á Dios; y es muy verdad, por desgracia. ¡Horribles tempestades son éstas! Suscítalas Dios para colocar la virtud del alma en el grado sumo de la confianza, en la nuda fe apoyada únicamente en su palabra. Al paso que se adelanta hacia Dios y que la vida se purifica y transforma, y sobre todo cuando se halla en visperas de acabar para convertirse en vida celestial y de ventura, entonces todas las virtudes os acusan, agrándanse los pecados, no se ven más que defectos en los actos propios, y todo conspira contra la confianza y misericordia divinas. Al alma más santa que pudiera uno encontrar la vi yo sumida en desgarradora desesperación, y no ciertamente porque sus faltas la hubiesen reducido á aquel extremo, sino porque con lágrimas heladas por la desesperación se acusaba de no haber amado bastante! Dábanle miedo las gracias recibidas, pues tenía la convicción de que no las había suficientemente aprovechado. Devolverle la confianza era imposible, ni por exhortaciones, súplicas ni razonamientos; estaba como agobiada por la

desesperación y sofocada por su peso. No hubo más remedio que decirle: «¡Pues bien, acepto este estado; iré al infierno, pero Vos, Dios mío, tendréis que venir conmigo!» Y con este acto de heroica confianza halló de nuevo la paz.

¡Oh! Nunca guardéis en vuestra alma las tentaciones de desesperación y desaliento, las tentaciones contra la confianza en Dios; decidlas á vuestro superior ó al confesor, y no las tengáis ni un minuto, porque inficionan las fuentes de la vida espiritual y hasta secan la vida corporea, porque el desaliento y la desesperación producen la tristeza, de la cual ha dicho el Espíritu Santo que es una tiña y que roe la medula de los huesos, así como la misericordia de Dios es la vida, el saludable sol de la vida: *Misericordia Dei super vitas!*

III. Pero notad cómo perdona Dios. En verdad ¡ay! que no lo hace como los hombres, pues éstos, al perdonar, causan vergüenza, y el miedo á ésta impide al niño pedir perdón; pero Dios, siempre bueno, perdona con bondad, y su perdón es una gracia que honra, purifica, santifica y embellece. En un acto mismo es uno perdonado y santificado, y se recupera la ropa de la niñez, la vestidura blanca; resultando que no se ha inclinado uno sino para ser en seguida levantado por la misericordia.

Los hombres se cansan de perdonar, pues son más severos en las reincidencias y exigen nuevas condiciones para el perdón; mas Dios parece que con cada uno que otorga se hace más misericordioso, á la vez que sus mayores amigos son los grandes pecadores vueltos á Él, que bajó para los enfermos y que deja á los ángeles por un pecador siempre que tenga humildad y confianza: con estas circunstancias, siem-

pre tendremos la seguridad de ser bien acogidos.

Perdona sin reserva y para siempre: hacia detrás de sus espaldas, como dice la Escritura, tira nuestros pecados, los sumerge en el mar, y en el baño de su misericordia truécase en la nivea blancura de la inocencia la escarlata de los crímenes que ya nunca aparecerán para acusarnos, pues simpatizo con el sentir de muchos teólogos, según los cuales aquéllos no se mencionarán siquiera en el juicio final, puesto que dijo el Señor: «Os los perdonaré, y nunca más volveré á acordarme de ellos.»

Lo único que falta es obtener el perdón perfecto de ellos y cuidar de no quedarse con las reliquias del pecado.

Hacen los hombres pagar el perdón con un castigo, á lo menos con pérdida de empleo ó de la consideración social; pero Jesucristo nos devuelve nuestros honores, restablécenos en todos nuestros derechos como antes del pecado, de igual manera que restableció á San Pedro y le confirmó después de su caída en su cargo de Pastor supremo.

Al perdonar ennoblece: á Magdalena pecadora conviértela en heroína del amor sobrenatural, y públicamente la elogia con la más hermosa alabanza que puede un Dios proferir: *Dilexit multum!* «Me ha amado mucho.»

Se inclina hasta el suelo para evitarle rubor á la pecadora, y mientras nada le pregunta acerca de su crimen, acusa á los que la acusaban: «¿Dónde están los que te acusaban?—Ninguno te ha condenado.» Pónela sobre todos ellos: «Anda, y no vuelvas á pecar.»

Toma á los pecadores y los erige en príncipes, en príncipes de su misericordia y de su amor, como á San Mateo, San Pablo y otros muchos.

Y después de esto, ¿cabe desesperarse? Sépase además que para Nuestro Señor el perdonar es cosa necesaria; su corazón se oprime ante la necesidad en que se vería de condenarnos, por lo cual llora sobre nosotros, y cuando nos perdona se consuela y se dilata por la misericordia; por manera que si todavía pudiera sufrir Nuestro Señor, sería por vernos desesperar de su misericordia y no implorar su perdón.

Mas para quienes sobre todos brilla la misericordia de Dios es para nosotros, sacerdotes y religiosos; para nosotros, que por nuestros pecados mereceríamos ser degradados de nuestra dignidad, como se verifica en el mundo con respecto á los magistrados y oficiales del Estado, si no fuera porque entonces no habría sacerdotes que perdonasen á los demás pecadores.

Esto debe volvernos misericordiosos con los pecadores; pues siendo también nosotros, tantas veces perdonados, menesterosos de perdón en lo futuro, ¿cómo pudiéramos no perdonar?

Por consiguiente, tengamos fe en la misericordia de Dios, que no se cansará con tal que la imploremos confiada y humildemente, pues la eternidad no será bastante duradera para darle por modo suficiente gracias por sus misericordias infinitas, que tantas veces nos han devuelto la vida y que nos salvarán en el día de la justicia del Señor.





LA EUCARISTÍA

PRINCIPIO DE LA SANTIFICACIÓN DEL RELIGIOSO

NUESTRO Señor Jesucristo, en el Santísimo Sacramento del altar, debe ser el principio de vuestra santificación, y es justo que sea así, porque habitáis en su casa: ¿no estáis en la casa de Nuestro Señor? Si el sirviente habita en casa de su dueño y por éste es alimentado, en beneficio de él debe trabajar. Ahora bien: contad con que Nuestro Señor os santificará si trabajáis según su inspiración, bajo su mirada y por amor á Él.

1. Hay que trabajar bajo la inspiración de Jesucristo, y no hacer nada sino conducido por Él. Me explicaré. Dos inspiraciones hay que pueden fijaros una tarea cualquiera; la primera es sensible, es la orden de vuestro superior ó la voz de la campana. — Obrar por esta sola inspiración puede no ser suficiente para hacer meritoria una obra, porque puede no ponerse en ello más que una obediencia material, semejante á la consigna que cumple el soldado al mandato de su jefe. Obedecer á una señal externa

no es sino el cuerpo de la virtud de la obediencia; requiérese un alma, que es la inspiración de la gracia, el llamamiento de Nuestro Señor; de modo que será perfecta una obra cuando juntéis la inspiración interior de Nuestro Señor con el signo que os impone la ejecución de aquélla.

¿Cómo conviene inspirarse en Nuestro Señor y de qué manera obedecerle en todo cuanto se hace?

Recordando su presencia en el Santísimo Sacramento y rogándole que os conduzca. No vayáis á buscar á Nuestro Señor al cielo, pues se halla más cerca de vosotros. Sin duda ninguna es bueno aspirar de vez en cuando á ir junto á su trono glorioso y desear ver su gloria; pero en la práctica ordinaria y de la vida, es menester que le tengáis más cerca de vosotros, y por eso debéis buscarle y encontrarle en el Santísimo Sacramento. Pudiera Nuestro Señor decir: «¿Por qué despreciáis mi presencia aquí? ¿La creéis sin importancia y de tal condición que podáis pasar sin ella? Sabed que si en el cielo soy el Dios de gloria para los elegidos, soy en mi Sacramento el Dios de gracia para los que combaten.» Inspiraos, pues, para todas vuestras acciones en su presencia eucarística.

¿De qué manera? — Por la adoración; prosternándoos en espíritu á sus pies, renunciando á vuestras luces naturales y á vuestros sentimientos para preguntarle el cómo en todas las cosas. En todo preguntarle la cuál es el mejor medio, el mejor pensamiento, la mejor manera, confesando vuestra ceguedad é impotencia. — Nuestro Señor nada hacía sin la inspiración de su Padre, en quien leía cómo había de pensar, juzgar, hablar y obrar. Proceded lo mismo con Jesucristo, y entonces obraréis por su Espíritu, que

os enviará, porque de Él procede el Espíritu que os comunicará el pensamiento y la intención sobrenatural y divina de Jesucristo.

Esta primera inspiración es importantísima, porque da á la acción su carácter y movimiento. — Trabajemos, pues, con Nuestro Señor y á sus órdenes, ya que su voluntad es asociarnos á Él; dejémosle la dirección y sigámosla; seamos sus instrumentos dóciles y meritorios sometiéndole todas nuestras facultades y nuestra actividad completa, para que Él mismo dirija todas las aplicaciones, pues á Él, como órgano principal y cabeza del cuerpo espiritual, corresponde dar el movimiento y la dirección: no basta la fe, sino que se requiere la unión de las almas en el amor.

II. Necesitáis ejecutar vuestras obras á vista de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, para realizarla animosa y santamente y con agrado.

Contad con que la mirada inmediata de Jesucristo se extiende sobre nosotros. — ¿Cómo á su vista osamos ofenderle, puesto que nos ve igual que le veríamos si se descorriese el velo de las santas Especies? Imitando á los ancianos culpables de la Escritura, para pecar volvemos la espalda á esa mirada de Nuestro Señor, sin lo cual no nos atreveríamos á ofenderle: también los judíos para insultarle en el Pretorio cubrieron su adorable rostro, porque su mirada los hubiese conmovido ó aterrado.

¡Ah! Si pensamos que Nuestro Señor, tan vecino nuestro en el altar y en su tabernáculo, supuesto que Él y nosotros moramos bajo un mismo techo, es testigo ocular de cada acción nuestra, y que al acabarse el día habrá que comparecer ante su augusta presencia para darle cuenta del día, ¡cuán fieles,

diligentes y santos seríamos en todas nuestras sendas! Por lo tanto, haced lo que Abraham y oid á Nuestro Señor decirnos desde su tabernáculo: «Anda en presencia mía y sé perfecto.»

Cierto es que Dios se halla en todas partes, pero necesitamos que se nos avenge con exterioridades perceptibles, que es lo que hace en el Santísimo Sacramento.

Por consiguiente, pensad que está allí; esta presencia es más dulce y se recuerda más fácilmente que la de la Divinidad insensible é impalpable, y se la olvida menos. En cualquiera cosa que hagáis y en todas partes recordadla, sabiendo que es su mirada humana, los ojos de su cuerpo glorioso y resucitado los que os siguen á través de los muros, sin perderos jamás de vista.

III. Obrad siempre por amor á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, haciendo lo todo para Él y no más que para Él. No entrasteis en religión para lograr en ella una posición, ni sois asalariados ni jornaleros, sino que habéis venido por amor y para inmolaros á vosotros mismos; desde aquel día vuestra personalidad no figura ni puede constituir vuestro fin.

Amad también las cosas y á las personas de la religión, sus medios y gracias, porque forman parte de la familia y son sus recursos para el servicio de Nuestro Señor: mas no pongáis en ellas vuestro fin. ¿Querriais hacer consistir el fin de vuestro amor en cualquiera persona, ocupación ó trabajo? En tal caso, como todas esas cosas son creadas y finitas al par vuestro, querriais trabajar por el hombre y eso fuera faltar á vuestro objeto.

Solo Nuestro Señor Jesucristo puede ser fin de

vuestro amor, y por eso trabajad por amor suyo, y sean todas vuestras acciones dictadas por este sentimiento: «Dios y Señor mío, yo os amo, y para demostrarlo ejecuto esta acción.» Y con tal que Dios esté contento, estadlo también vosotros: ¿qué os importa to'lo lo demás?

Pero donde Jesús debe ser el fin vuestro, es en el Santísimo Sacramento, y para eso hacedlo todo en orden á la Comunión, y sea ésta el eje de vuestro día, el centro de vuestra vida, de donde todo proviene y á donde todo vaya á parar, y sirvaos todo de preparación para recibir á Nuestro Señor Jesucristo, ó de acción de gracias por haberle recibido; y así como aquí abajo la Comunión es el fin de todos los misterios de la vida de Jesucristo, sea también el fin de toda vuestra vida, pues ella sola merece ser vuestro fin en que viváis y deseanséis, ya que ella sola os da perfectamente á Jesucristo y os hace habitar en Él porque las virtudes y las buenas obras no pasan de ser medios de llegar á la unión perfecta con Él.

Teniendo este fin é intención, todas vuestras acciones se agrupan para formar el ramo que ofreceréis á vuestro Salvador la primera vez que venga á vosotros, pasado mañana, ó mañana mismo.—Vendrá Nuestro Señor para comunicar á vuestras obras su postrera perfección por su unión personal con vosotros, y su extrema eficacia á vuestros méritos; renovará todos vuestros hábitos de virtud, renovando vuestro amor y los aumentará, aumentando en vosotros el amor; estrechará la unión, fortificará y prestará más eficacia á la asociación y mutua acción; con Él obraréis en identidad de acto y de intención; no será vuestra vida más que una prolongada acción

de gracias durante la que Jesucristo será inspirador y conductor, sin que vosotros hagáis otra cosa que ejecutar y reproducir exteriormente, mediante vuestros miembros y facultades, y con vuestra vida exterior, la vida divina que llevará á vuestra alma, porque no seréis entonces vosotros los que viviréis, sino que Él vivirá en vosotros.

Observad estos principios de vida; no temáis vivir con Nuestro Señor, bajo su inspiración y mirada y en su amor, pues sólo esto puede tornar dulce y grata la vida religiosa, que sin lo dicho es una galera en que se condena perpetuamente á uno á trabajos forzados. Id directamente á Él, vivid de Él y en Él, pues la línea curva no conduce pronto al término, y no perdáis el tiempo en los medios: ahí tenéis el gran medio y el principio realmente fecundo. Amad á la Santísima Virgen y á los Santos; rogadles, auxiliadlos con sus ejemplos, implorad su socorro, pero que todo esto os sirva únicamente de ayuda para llegar á Nuestro Señor, y entonces ofrecedle vuestras obras y vuestra vida, porque es vuestro centro y vuestro fin como es centro y fin de los mismos Santos.



JESÚS EN LA EUCARISTÍA

MODELO DE LOS TRES VOTOS

NUESTRO Señor es, en el Sacramento, el principio de nuestra santidad y además ejemplar de ésta. Porque no nos bastaría la ley, puesto que para comprender necesitamos ver la manera de obrar, y Nuestro Señor se presenta como dechado que debemos imitar y reproducir: *Veni, sequere me.*

Ahora bien: es preciso tomar á Nuestro Señor donde se nos manifiesta, que es en el Santísimo Sacramento. donde continúa el Evangelio á vista nuestra, por lo cual la Eucaristía debe ser nuestro Evangelio, pero Evangelio viviente. ¿Por qué razón habríais de privaros de la vista de su persona para leer su palabra, que llega hasta vosotros á través de diecinueve siglos? Aparte de que el mismo Evangelio sigue siendo un libro cerrado cuando Nuestro Señor no lo abre, mientras que en el Santísimo Sacramento es donde lo desenvuelve, lo comenta é ilustra con sus virtudes, renovándolas y continuándolas